



Élder James E. Faust del Consejo de los Doce

“Estos haré mis gobernantes”

Estoy muy agradecido por la oportunidad de hablar esta noche a los poseedores del sacerdocio. Me gustaría dirigir mis palabras a los líderes de la Iglesia y especialmente a los futuros líderes, a los jóvenes del Sacerdocio Aarónico. Muchos de vosotros, jóvenes, tendréis responsabilidades de liderazgo mucho antes de lo que podáis imaginaros; tanto es así, que me parece que sólo hace muy poco tiempo en que yo era presidente de un quorum de diáconos. En lo que concierne al rápido crecimiento de la Iglesia en todo el mundo, el liderazgo es uno de nuestros mayores cometidos.

Hace aproximadamente un año, asistí a una reunión de un quorum de élderes. Los miembros de la presidencia eran jóvenes, muy inteligentes y capaces, pero cuando tuvieron que repartir las responsabilidades del quorum para poder cumplir con sus asignaciones, se limitaron a pedir voluntarios entre los presentes y no dieron una sola asignación.

Uno de los primeros principios que debemos recordar es que la obra del Señor continúa avanzando por medio de asignaciones. Los líderes las reciben y las dan, y

esto forma parte de un principio muy importante y necesario que es el de delegar. Nadie puede apreciar más que yo a un voluntario que esté dispuesto a servir; sin embargo, no se puede realizar toda la obra de la forma en que el Señor lo desea si los únicos que ejecutan el trabajo son los que asisten a las reuniones. Con frecuencia me pregunto cómo sería la tierra si el Señor hubiera dejado que la obra de la creación la realizaran solamente voluntarios.

Si consideramos las asignaciones como una oportunidad de edificar el reino de Dios, al igual que un privilegio y un honor, entonces éstas y los cometidos deben ciertamente darse a todo miembro del quorum. Al hacerlas se debe incluir, actuando con sabiduría y discreción, a aquellos que quizás necesiten una mayor participación, tales como los inactivos y los hermanos que asisten de vez en cuando. Las asignaciones deben hacerse con gran amor, consideración y bondad, tratando con respeto y aprecio a aquellos a quienes se llama a servir.

Con frecuencia, las Autoridades Generales reciben asignaciones de la Primera Presidencia y del presi-

dente del Consejo de los Doce. Ya sea que se hagan por carta, como sucede en la mayoría de los casos, o personalmente, siempre las acompaña un "si fuera tan amable" o "si le es conveniente" o "podría ser tan amable de hacer" esto o aquello. Nunca se dan estas asignaciones en forma de mandato o demanda.

Desde la primera vez que fui a Egipto, durante la Segunda Guerra Mundial, he estado interesado en ruinas antiguas. Es fascinante para mí observar algunas de las columnas y me pregunto por qué será que algunas de ellas todavía están en pie mientras que otras han caído. En gran mayoría, las que todavía permanecen erectas son las que tienen un peso en la parte superior. Creo que en este ejemplo existe un principio paralelo al del liderazgo, ya que aquellos que se mantienen fieles al sacerdocio que poseen son los que con frecuencia tienen el peso de la responsabilidad; los que participan son, por lo general, los que se dedican con mayor ahínco. Para tener éxito, un líder de quorum se asegurará de que todos sus miembros tengan la oportunidad de servir con algún llamamiento o cargo, de acuerdo con las circunstancias.

El ejemplo más evidente de liderazgo fue dado por el Salvador mismo cuando dijo a sus discípulos: "Venid en pos de mí" (Mateo 4:19). Un líder no puede pedir a otros lo que él no esté dispuesto a hacer, de manera que lo más seguro es seguir el ejemplo del Salvador, escuchar, y adherirnos a la dirección de su profeta, el Presidente de la Iglesia.

Hace algunos años, estuve viajando por la Misión de Argentina-Rosario. Mientras viajábamos

por la carretera, pasamos junto a una manada de ganado en el camino. El hato iba tranquilamente y sin ninguna dificultad y no había perros que rompieran el silencio. Al frente de la manada iban tres gauchos a caballo, cada uno a unos quince o veinte metros de distancia del otro; estos tres jinetes no demostraban preocupación alguna, sino que iban sentados en sus monturas, completamente tranquilos con la seguridad de que la manada los seguía. Al final iba sólo un jinete. El también se veía despreocupado y parecía que estuviera durmiendo en su silla. Toda la manada avanzaba apaciblemente dando la impresión de que cada animal estaba completamente domesticado. Al observar esa escena y compararla con el liderazgo me pareció obvio que tres cuartas partes consisten en mostrar el sendero que se debe tomar, y un cuarto, en seguir el camino trazado.

Cuando un líder está dirigiendo, no tiene que ser ampuloso ni ofensivo, puesto que los que son llamados a dirigir en el ministerio del Maestro no son elegidos para ser ni jefes ni dictadores, sino más bien buenos pastores; y tienen que capacitar constantemente a otros para que tomen su lugar y se conviertan en mejores líderes que sus maestros. Un buen líder espera mucho de aquellos a quienes ha sido llamado a dirigir, los inspira grandemente y enciende en ellos la llama del interés.

Un líder también debe tener iniciativa y llegar al corazón de aquellos a quienes dirige. Debe asegurarse de que quienes están bajo su responsabilidad no fracasen, pero debe hacerlo según la manera del Señor y servir de instrumento en las manos del Todopoderoso para cambiar la vida de los

que están a su cargo. El líder necesita saber cuál es su posición, hacia dónde se está dirigiendo y en qué forma va a llegar allí.

Además, debe saber escuchar y estar dispuesto a recibir consejo, así como demostrar un genuino interés y amor por aquellos que estén bajo su responsabilidad. Ningún líder del sacerdocio podrá llegar a tener éxito a menos que recuerde constantemente las claves más importantes del liderazgo que se encuentran en la sección 121 de Doctrina y Convenios:

"Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por la persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia; reprendiendo en la ocasión con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo." (D. y C. 121:41-43.)

De acuerdo con mi propia experiencia, el Espíritu Santo sólo reprueba con severidad muy rara vez. Siempre que haya necesidad de reprender, debe hacerse con el deseo de convencer al que se esté reprendiendo de que esto se hace para ayudarlo.

El presidente Joseph F. Smith nos recuerda lo siguiente:

"Una de las cualidades más nobles del verdadero dirigente es una alta norma de valor. . . Jamás ha habido época en la Iglesia en que no se haya requerido que sus directores sean hombres de valor; no sólo valor en el sentido de poder hacer frente a los peligros físicos, sino también en el sentido de ser firmes y leales a

una convicción clara y recta." (Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, pág. 163.)

Un líder del sacerdocio teniendo fe en el Señor y siendo humilde puede, sin ninguna duda, estar seguro de recibir la ayuda divina para solucionar sus problemas. Quizás tenga que esforzarse y meditar; mas de cierto será recompensado. Quizás reciba la respuesta como Enós, quien dijo: "La voz del Señor de nuevo penetró mi mente" (Enós 10). O quizás sea por medio del ardor en el pecho, de acuerdo con lo que se menciona en la sección 9 de Doctrina y Convenios.

Después de recibir la seguridad divina por medio del Espíritu Santo, el Líder que es verdaderamente humilde puede entonces tomar la decisión con la absoluta convicción de que lo que está haciendo es lo correcto y que el Señor mismo lo haría de esa manera.

La humildad tan profunda del presidente Kimball me ha causado mucha impresión. Hace algunos años, él relató una experiencia

que pone de relieve el hecho de que ninguna persona que tenga una posición en la Iglesia es más importante que su llamamiento. Estas son sus palabras:

"Hace muchos años, mientras me encontraba en un hotel de las montañas Pocono, en Pennsylvania, aprendí una lección muy importante cuando el presidente del Club Rotario Internacional, dirigiéndose a los gobernadores de distrito presentes en la asamblea, les dijo: 'Caballeros: éste ha sido un año magnífico para ustedes. Han recibido grandes honores y elogios. Se les ha invitado a banquetes, se les ha aplaudido y han recibido espléndidos regalos. Pero si tienen la idea errónea de que

todo esto lo han recibido por sus propios méritos y no por las posiciones que ocupan, simplemente el próximo año vuelvan al club cuando otros ocupen los cargos que ahora tienen ustedes.'

Esta experiencia me ha mantenido de rodillas en mi sagrado llamamiento. Cada vez que visito las diferentes áreas de la Iglesia, y me siento inclinado a pensar que los honores son dirigidos a mí, es cuando recuerdo que no es así, pues la posición que yo represento es la que recibe dichos honores. Yo no soy más que un símbolo." (Spencer W. Kimball, en Conference Report, oct. de 1958, pág. 57.)

La mayoría de los que son llamados a servir como líderes de la Iglesia se sienten insuficientes por la falta de experiencia y por creer que no tienen la habilidad o la educación necesaria. Entre muchas de las descripciones que se han hecho de Moisés, tenemos la siguiente: "Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra" (Números 12:3).

Recuerdo que hace ya algunos años, el presidente John Kelly, quien presidía la Estaca de Fort Worth, Texas, llamó al hermano Félix Velásquez para ser presidente de la Rama Hispana. Recuerdo que este buen hombre era inspector de vagones en la empresa de ferrocarriles. Cuando el presidente Kelly lo llamó a que sirviera en la posición mencionada, él le dijo: "Presidente, yo no puedo ser el presidente de la Rama Hispana, pues no sé leer". El presidente Kelly le prometió que si aceptaba el llamamiento y trabajaba diligentemente para cumplirlo, recibiría toda la ayuda necesaria y sería bendecido por el Señor. Ese hom-

bre humilde, por medio de sus diligentes esfuerzos, pronto aprendió a leer. Desempeñó un buen trabajo como presidente de la rama y actualmente forma parte del sumo consejo de la estaca. El Señor bendice a sus siervos en muchas formas.

Hermanos, podemos aprender a estudiar y comprender las enseñanzas básicas que necesitamos como poseedores del santo sacerdocio de Dios. Podemos aprender verdades eternas y enseñarlas con inteligencia y precisión a aquellos que vienen con el deseo de adquirir conocimiento; también podemos aprender de las cualidades de otros, cuyos talentos son mayores que los nuestros. Los quórumes del sacerdocio se han organizado para dar a sus miembros la oportunidad de fortalecerlos con sus talentos.

Ahora quisiera hablar del espíritu del liderato que por medio del sacerdocio debe existir en el gobierno de la Iglesia. Me gustaría citar al presidente Stephen L. Richards, quien dijo:

"Tal como yo lo veo, el espíritu del gobierno de la Iglesia es gobernar por medio de *consejos* . . . Muy rara vez pasa un día en que no pueda darme cuenta de la sabiduría de Dios al organizar los consejos para gobernar su reino. Con el espíritu con que nosotros trabajamos, podemos traer a hombres con diferentes puntos de vista y de diversas culturas, que al actuar bajo la influencia de ese espíritu, y en consejo, llegarán a un acuerdo." (Conference Report, oct. 3 de 1953, pág. 86.)

La clave para el buen funcionamiento de una presidencia u obispado es el que sus líderes puedan actuar juntos en consejo. Mas ¿qué ocurriría si al tomar decisio-

nes fuera difícil o imposible mantener la unidad? El presidente Joseph F. Smith nos dio el siguiente consejo:

"Cuando los obispos y sus consejeros no estén de acuerdo, o cuando entre los presidentes y sus consejeros exista diferencia alguna en sus sentimientos o en su manera de proceder, tienen la obligación de reunirse, recurrir juntos al Señor y humillarse delante de El hasta que reciban revelación de El y vean la verdad de la misma manera, a fin de que puedan ir ante el pueblo como uno." (Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, pág. 151.)

Quienes dirigen en esta Iglesia • deben dar el ejemplo de una vida justa; deben buscar constantemente la guía del Espíritu Santo; deben mantener en orden tanto su vida como su hogar; deben ser honestos y pagar con prontitud todas sus deudas; deben ser un ejemplo en todas sus acciones y ser nombres de honor e integridad. El Señor contestará nuestras oraciones cuando busquemos la guía constante del Espíritu Santo.

Mientras servía como Supervisor de Area en Sudamérica, en Montevideo, Uruguay, tuve una de las experiencias más inolvidables. Quería cambiar algún dinero puesto que en esa época estaba viviendo en Brasil. El hermano Carlos Pratt me llevó a un banco en el centro de Montevideo y allí me presentó a uno de los funcionarios, quien me dijo que me cambiarían mil dólares. Como es de suponer, yo no tenía tanto dinero en efectivo sino un cheque girado de un banco de Salt Lake City. Nunca había hecho ninguna transacción con ellos y nunca nos habíamos visto ni se podía esperar que nos volviéramos a ver. Ellos no

tenían ninguna forma de verificar si yo tenía mil dólares depositados en el banco donde tenía mi cuenta. Sin embargo, aceptaron mi cheque sin reparo alguno, basándose simplemente en el hecho de que yo era mormón y de que en oportunidades anteriores habían tratado con otros mormones y comprobado su honestidad. Francamente me sentí agradecido y satisfecho por su confianza.

El deber de un presidente es el de presidir, sentarse en concilio y enseñar "de acuerdo con los convenios" (D. y C. 107:89). Existen muchos convenios; sin embargo, el juramento y el convenio del Sacerdocio de Melquisedec que se menciona en la sección 84 de Doctrina y Convenios merece atención especial. En esencia este contrato que se realiza entre el poseedor del sacerdocio y el Señor consiste en lo siguiente: Si os guiáis por la ley del sacerdocio os será otorgada toda bendición, aun la de llegar a ser lo que yo soy.

El Salvador dio a Pedro una enseñanza muy importante sobre el liderazgo cuando le dijo: "... y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lucas 22:32). O, en otras palabras, "cuando te hayas convertido, fortalece a tus hermanos".

Es interesante que el Señor empleara la palabra "confirmar" (o fortalecer), ya que es muy difícil fortalecer a alguien sin poder comunicarse con él. Con frecuencia los problemas surgen, no porque el plan que se está siguiendo sea imperfecto, sino porque no hay una comunicación adecuada entre las personas.

Eli año pasado llamé a un nuevo patriarca en una de las nuevas estacas en Centro América. Quedé muy impresionado por la gran fe



El élder James E. Faust saluda a dos miembros del sacerdocio.

y la vida recta que llevaba este humilde hombre. El día en que fue llamado, su esposa se encontraba fuera del país en una excursión al templo. El hecho de que su esposa no estuviese presente me hizo sentir como si algo muy importante faltara en ese momento especial en que a este buen hombre se le extendía tan importante llamamiento.

Insto a quienes tienen el privilegio de extender llamamientos, a que en una forma adecuada hagan participar al cónyuge de la persona que lo recibe. Además siempre se debe consultar al cabeza de familia antes de extender un llamamiento a cualquiera de los integrantes de ésta.

Los líderes del sacerdocio tienen la exclusiva oportunidad de conducir entrevistas del sacerdocio; y, precisamente por medio del contacto personal y de estas entrevistas, es que el líder puede lograr lo siguiente:

1. Inspirar y motivar.
2. Delegar y confiar.
3. Pedir cuentas y mantenerse informado.

4. Enseñar por medio del ejemplo y de principios.

5. Demostrar generosamente su aprecio.

En algunas ocasiones, los líderes son muy estrictos y de esta manera limitan los talentos naturales y los dones de aquellos que han sido llamados a trabajar a su lado.

En el liderazgo no siempre existe la combinación perfecta de fe, habilidades y talentos para lograr los mejores resultados, sino que, en algunas ocasiones, una persona trata de hacer todo el trabajo por sí sola. El presidente Lee enseñó un concepto más amplio del siguiente pasaje de Escritura: "Aprenda, pues, todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado" (D. y C. 107:99). Además de ver que todos aprendan sus propias responsabilidades, los líderes deben dejar que los demás desempeñen con toda eficacia el llamamiento u oficio que se les ha asignado, e investirlos con la autoridad debida.

Hace poco tiempo, al referirse a este tema, el élder Howard W. Hunter enseñó en forma muy eficiente a los representantes regionales, de la siguiente manera:

"La historia relata la forma en que en la antigua Grecia, Alejandro Magno se dirigió a Diógenes, quien se encontraba muy ocupado haciendo cierta investigación. Acercándose a él con gran ansiedad le preguntó: '¿cómo puedo ayudarle?' Diógenes le contestó simplemente: 'Solamente que te apartes de la luz!'"

Es mi oración que aquellos que han sido llamados o serán llamados a posiciones de liderazgo, trabajando diligentemente bajo la

guía del Espíritu Santo, puedan comprender con más claridad su responsabilidad y tener una visión más amplia para fijar metas y tomar un camino más recto.

Tengo un testimonio de que esta Iglesia crece y continúa teniendo éxito porque está guiada por la influencia divina del Santo Sacerdocio de Dios. Creo que nuestros líderes pueden proporcionar el gran poder espiritual que se necesita para guiar la obra de

Dios por medio de la revelación personal, a la que tienen todo el derecho por su justicia y su vida recta. El consejo que el Señor dio a Josué es inapreciable:

"Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas." (Josué 1:9.)

Que así sea, es mi humilde oración en el nombre de Jesucristo. Amén.